



ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

Recibido: 3 de diciembre de 2019. Aprobado: 21 de febrero de 2020.

DOI: 10.17151/rasv.2020.22.2.7

¿Cuánto paga de arriendo y perdone? Brega etnográfica con la locución “ser pinchado” en un caso de interacción rururbana

Excuse me, how much do you pay for rent? Ethnographic struggle with the phrase
“ser pinchado” in a case of urban interaction

RESUMEN

Este ensayo aborda la significación de interacciones mínimas en la vereda Buenavista (Manizales, Caldas, Colombia) a través de la locución “*ser pinchado*”. Sostendré que semejante proceso se manifiesta abreviado a través de expresiones lingüísticas puntuales que reflejan antagonismos latentes, dando lugar a categorías sociales emergentes y articulatorias. Se expondrán viñetas etnográficas sobre el papel central que juega el “*ser pinchado*” –como una categoría de este tipo– y su influencia en la actualidad para regularizar interacciones cotidianas dentro de la vereda. La propuesta que intenta delinarse aquí se incluye en el marco conceptual de lo que algunos instruidos han denominado *ex-urbanización* dentro de la antropología urbana, enfocando la representación de las relaciones entre actores que acarrear formas de socialidad y concepciones diferenciadas sobre la naturaleza. Sin embargo, aquí nos decantamos por una aproximación más bien a la performatividad en escalas micro y a la distribución sutil de cadenas improbables de información.

CAMILO LOZANO-RIVERA

Magíster en Psicología
Cognitiva. Profesor
Universidad Católica de
Manizales, Colombia. Grupo
de Investigación Anthrosop.

✉ clozano@ucm.edu.co

ORCID: 0000-0002-2395-6684

🔗 [Google Scholar](#)

La composición de este ensayo se realizó con apoyo del proyecto “Dilemas y nuevas perspectivas de la comparación de redes sociales en Antropología”, UBACYT 20020170100703BA (Programación científica 2018-2020). Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Como citar este artículo:

Lozano, C. (2020). ¿Cuánto paga de arriendo y perdone? Brega etnográfica con la locución “*ser pinchado*” en un caso de interacción rururbana. *Revista de Antropología y Sociología: VIRAJES*, 22(2), 161-182. DOI: 10.17151/rasv.2020.22.2.7



Palabras clave: rururbanidad, etnografía, Manizales, territorio veredal.

ABSTRACT

This essay addresses the significance of minimal interactions within a repopulation process in the rural district of Buenavista (Manizales, Caldas, Colombia) through the phrase “*ser pinchado*”. I will argue that such a process is manifested abbreviated through punctual linguistic expressions that reflect latent antagonisms giving rise to emergent and articulatory social categories. Ethnographic-inspired vignettes will be presented about the importance of the “*ser pinchado*” phrase –as a category of this type– and its influence currently to regularize daily interactions in the rural district. The proposal intended to be delineated here is included in the conceptual framework of what some experts have called ex-urbanization within urban anthropology focusing on the representations of the relationships between actors that carry different ways of sociality and hold different conceptions of nature. However, here we prefer an approach towards performativity in micro-scales and the subtle distributions of improbable information chains.

Keywords: rururbanity, ethnography, Manizales, countryside territory.

El incordio

Ante la pregunta “¿Cuánto paga de arriendo?”¹, solo después de meses enteros logré sobreponer una concepción que no fuera la de fastidio u hospedamiento; con esta pregunta percibí desde el principio algo como el cruce intempestivo de algún umbral imaginario que compromete a la intimidad. O una representación de ese cruce. Todas las veces cuestionado sobre ello, intuí las cualidades de este umbral. Puedo enlistarlas como sigue: crispación; entrometimiento; invasión; sitio.

La primera vez la recuerdo con claridad.

Delmirita nos entregó las llaves de su casa a L. y a mí. Atravesamos juntos la portada de barrotes rojos que delimitaba el espacio de la casa y la separaba de la carretera que recorre de un extremo a otro la vereda Buenavista. Abrimos la puerta de entrada de la casa propiamente dicha y

.....
¹ Y perdone. Esta solicitud de indulto que sigue la pregunta es dirigida siempre por quien pregunta a su interlocutor(a) y constitutiva de la pregunta como tal, así como reza el título de este ensayo. Nunca, durante los 18 meses de vivir en Buenavista entre 2012-2013, alguien me hizo la pregunta sin apelar finalmente a la indulgencia; sin apelar al “perdón”.

mucho nos gustó, esa vez, el largo corredor, en cuyos extremos se enfrentaban un enorme ventanal continuo y las puertas de cada una de las habitaciones que L., Uma la gata y yo, habitaríamos desde ese día. Enterada de nuestro encantamiento y visiblemente complacida, aunque también muy apurada, Delmirita se disculpó enseguida por tener que irse, arguyendo que ya venía Horacio por ella en la moto, para bajar a Malhabar a pagar unas facturas de la casa en la que ella vivía, abajo, en la ciudad.

L. y yo recorrimos cada espacio dentro de la casa y definimos la estrategia de limpieza previa a la llegada de los corotos que habíamos acumulado hasta la fecha, tras unos pocos años de convivencia. Hecho esto, salimos de la casa y comenzamos el descenso hacia Manizales, sonrientes, por la carretera. A medio camino, en un tramo empinado cuando se sube desde la ciudad hacia Buenavista, nos encontramos con un tipo enjuto que, minutos después, supimos que tenía un nombre evocativo de estrella de rock: Axel. El tipo estaba detenido, recuperando el aliento. Una gota de sudor intentaba recorrer su entrecejo, seducida por la gravedad inevitable. La gravedad de la tierra. Y la del ceño.

Nos saludó llanamente y nosotros respondimos conciso.

– ¿De dónde vienen? –preguntó.

– De la casa de Delmirita –le respondió alguno de nosotros al tiempo que nos detuvimos.

– Pero, esa casa está desocupada –sentenció Axel.

– Sí, nosotros vamos a ocuparla desde hoy –le dijimos.

– ¡Ah!

Axel soltó mucho aire por la boca mientras exclamaba. De haber estado más cerca, es probable que nos hubiese llegado el vapor de su aliento. Por suerte, la distancia que manteníamos era prudencial.

No lo fue la pregunta que Axel soltó acto seguido:

– ¿Cuánto pagan de arriendo, y perdone?

Experimenté una sensación de invasión sobre un espacio de intimidad a propósito del cual venía caminando desprevenido ¡Y sonriendo! Me asaltó repentinamente una preocupación por las posibilidades de

inferencia que se desprendían de la respuesta que diera a semejante pregunta; inferencias que el otro, un perfecto desconocido, podía desarrollar con inmediatez sobre un espectro demasiado amplio de mi vida privada. Ambas cosas se me presentaron como un indicio inequívoco de la transgresión de un límite, de una acuciante falta de prudencia. Anticipé que detenerse a conversar con un sujeto rural de Buenavista implicaba –en algún punto del intercambio que además se alcanzaba prontísimo– dar respuesta a esa incómoda pregunta.

Y así fue. Y hasta donde tengo conocimiento, sigue siendo de esa manera en la actualidad.

En una ocasión posterior a esta, ocasión a la que hoy me refiero casi con nostalgia por las oportunidades aprehensivas que me ayudó a abrir, expresé en público el malestar que sentía cada vez que me sabía en la obligación de responder esa pregunta ante todo el vecindario. El día que mi sentir se hizo público, tres trabajadores de la hacienda La Villoría y un vecino me habían invitado a ordeñar unas vacas con ellos. Durante el intercambio que tuvo lugar esa tarde, pasadas las 16 horas, buena parte de la conversación que tuvimos quedó atada a cuando expresé mi sincera inconformidad con el hecho de tener que responder cuánto dinero se paga mensualmente por la vivienda que uno habita.

Mis tres interlocutores calificaron unánimemente mi inconformidad –sonrisa mediante– asignando un apelativo concreto hacia mi persona: yo era muy *zalamero*.

Según “Bola ocho”, Héctor, “Bonais” y “Perjuicio”, el hecho de que responder esa pregunta me molestara, indicaba mi *zalamería*. Para ellos, responder esa pregunta era algo fortuito, “eso no tiene nada”, decían. Como era la primera vez que me decían *zalamero*, al principio no comprendí muy bien qué significaba ser llamado de esa manera. Cada uno de ellos se extendió cuando tuvo su turno para intentar explicarme en qué consistía asignar ese apelativo. Y, sobre todo, por qué estaba tan perfectamente aplicado a mí y tan ajustado a mi sentir. Tanto, que los cuatro hombres estaban práctica y visiblemente orgullosos de haberlo hallado entre todas las posibilidades de nombrarme, en ese momento exacto. La *zalamería* me fue revelada como una actitud desproporcionada frente a algo, que implicaba un manierismo innecesario. *Zalamero* es el que odia los ñerbos² y le salen siempre hasta en la sopa. *Zalamero* es el asquiento al que no le

.....
² De esta manera se denominan en la región del Eje Cafetero y Antioquia las partes grasosas o cartilaginosas de un trozo de carne.

falla un pelo en la comida. *Zalamero* es al que, sin querer caldo, se le dan dos tazas. *Zalamero*, sin embargo, también es el que carece de consciencia de clase: aquel que *acostumbrado a comer mierda, retaca por un pedo*³.

En el marco intrincado de las explicaciones que me ofrecieron y que fueron ensamblando entre todos, la leche fluyó de las ubres de las vacas. Los baldes utilizados para recopilarla se llenaron uno tras otro. Cuando cada balde se llenaba, el contenido perlático era vaciado en una cantina de acero, tan alta que llegaba arriba de la cintura de una persona de estatura media. Dentro de cada cantina cabía el contenido de varios baldes; llegó el momento en el que fue necesario subir un par de cantinas llenas de leche recién ordeñada a los costados de una yegua, con amarras y estribos especialmente dispuestos para este uso. De esta manera se transportaba la leche desde los potreros donde pastaban las vacas hasta la entrada de la hacienda, a borde de carretera. Una vez allí, la leche sería recogida por camiones de carga con sistema de refrigeración, pertenecientes a una compañía local de lácteos.

A mí me impresionó la relativa facilidad con la que cualquiera de los cuatro hombres subía las cantinas repletas de leche a los estribos de la bestia. Pregunté entonces cuánto podría pesar cada recipiente de esos, una vez estaba lleno. Justifiqué mi pregunta interponiendo el cuerpo, porque me acerqué a una cantina llena que reposaba sobre el suelo y, agarrándola con ambas manos, intenté levantarla hacia mi pecho. Obvio, no fue mucho lo que pude moverla.

– Eso pesa harto –dijo Héctor.

Pero a continuación comentó que lo importante no era eso del peso, sino la *baquía*.

La *baquía*, según la definición que se me dio en el momento, consiste en una especie de capacidad de maniobrar con un objeto pesado, de un modo tal que no solo la fuerza actúa para lograr el movimiento que se necesita ejecutar, sino que también intervienen las cualidades del movimiento que se imprime con el cuerpo propio sobre el objeto. Más tarde recordé que tan temprano como en 1934, el venerable Marcel Mauss se refería con soltura extraordinaria a las modalidades de uso tradicional de los cuerpos y la variación cultural materializada en esos usos, definiéndolas como “técnicas corporales” (Mauss 1934/1979, p. 337 y sigs.).

³ El Diccionario de la Lengua Española es menos pedestre. Refiere el término *zalamería* como una actitud empalagosa.

Para Mauss este era un problema comprendido deficientemente por la antropología y que remite con la misma urgencia a la dimensión de lo que es adquirido (*hexis*) y a su expresión materializada a través de las disposiciones de los cuerpos singulares (lo habitual). En consecuencia, se trata de un problema cuyo tratamiento conduce al estudio de la razón práctica que anida en el orden de lo social y es necesaria para la coordinación de cualquier aprendizaje individual, inevitablemente encarnado y, por lo tanto, situado en un marco colectivo, en un conjunto interactivo y relacional.

Supe de boca de Héctor y los demás que para ellos la baquía constituye una posesión del sujeto. Es algo que alguien tiene o no tiene. Supe también a lo largo de la charla que un sujeto como yo no tiene baquía y difícilmente podría adquirirla. Esto por al menos dos razones. Por un lado, porque adquirir baquía precisa del ejercicio de una serie de prácticas que deben ejecutarse de manera sostenida en el tiempo y desde temprano en la vida, como todo. Y por el otro, porque las actividades que se requieren para alcanzar el conocimiento práctico que supone la baquía, no corresponden en ningún término con las que efectúa en su cotidianidad un desvaído profesor universitario, como era yo. La predicción de los cuatro fue que a menos que dispusiera de mucho tiempo para ello y también de mucho tino y voluntad –que me *jodiera*, dijeron– de manera repetitiva y a diario, yo no estaría nunca en posesión de baquía.

La incertidumbre

A los días, como dicen, bajaba yo nuevamente a pie por la carretera que conduce de Buenavista hacia Manizales, desde la casa que L. y yo habitábamos desde hacía varias semanas. Llegando a las instalaciones de la planta de tratamiento de aguas de la ciudad, una motocicleta se detuvo a mi lado. Se trataba de “Perjuicio”, también conocido como Julio César⁴.

– ¿Pa’ dónde va tan pinchao, Camilo?

– Pa’ bajo, a trabajar –respondí.

– ¿Por qué pinchao? –Repliqué enseguida.

–Ah, ¡es que usted es muy pinchaito!

.....
⁴ En Buenavista contaban que Julio César se ganó el apodo porque tenía un importante historial de demandas “por daños y perjuicios”, interpuestas por otros vecinos. La causa mayoritaria de las demandas eran los animales que Julio César criaba pero que no controlaba bien y entonces invadían frecuentemente la carretera, los predios de otros vecinos o las que eran consideradas como difusas áreas comunes.

“Perjuicio” arrancó en su moto, volteando la cabeza hacia atrás para hacerme un gesto de despedida con la mano izquierda. Continué mi camino. Esa mañana me dirigía a impartir una clase de antropología urbana en la Universidad de Caldas; antes del encuentro con “Perjuicio”, estaba dedicado mientras caminaba al repaso de las ideas que planeaba exponer, porque había aprendido que caminar es una modalidad del cuerpo de lo más acertada para poner en orden lo que ocupa al ser en un momento determinado (Cabrera, 2010). Pasado el encuentro, sin embargo, haber sido llamado de otra manera nueva (*pinchao*) por “Perjuicio”, ganó mi atención.

Hasta ahora –y recopilando las nominaciones que me adjudicaban mis vecinos– yo venía siendo algo así como un *zalamero pinchao que no tiene baquía*.

Saberme percibido de esta manera por mis vecinos de entonces, es la motivación de fondo que antecede la elaboración de este ensayo. En un primer momento me pareció una percepción en extremo negativa y cultivé, durante algún tiempo, una especie de ansiedad dirigida hacia mi entorno social inmediato al mismo tiempo que motivada por él. Pero esto cambió en el momento en el que decidí que sería infinitamente más útil y divertido indagar sobre el espectro de relaciones que une entre sí a los términos que estaban en juego. Intuía que existía un modo de aprehender conjuntamente el sentido que tiene cada término y que entre ellos se establecía un sutil juego de contrastes. Además –y probablemente esto sea lo más importante– es posible que entre esos términos se hallaba un modo de clasificación de lo distinto, un recurso para tomar distancia de lo que se percibe como diferente con el objetivo de situarlo correctamente en el orden del mundo conocido. En este sentido, intuía la presencia de un tipo de conocimiento que se expresaba, intuía que me encontraba envuelto en una de esas ocasiones en las que el campo habla. El tipo de conocimiento al que me refiero es aquel que emerge del cruce de las vidas que se cruzan, de las vidas que tienen cada tanto la ocasión de vivirse conjuntamente: “Este conocimiento, como todos estamos enterados, no consiste en proposiciones acerca del mundo sino en las habilidades de percepción y las capacidades de juicio que se desarrollan en el curso del ajuste directo, práctico y sensorial con nuestros respectivos entornos” (Ingold, 2014, p. 387).

Fue así como dirigí mis esfuerzos a hallar algún aspecto de ese orden entre mis vecinos. Y esto fue lo que hallé.

En el ínterin

Un día diferente, Julio César pasaba por la carretera de camino a su casa y se detuvo frente a la puerta de la nuestra. L. estaba sentada en el escalón de la puerta de entrada, que estaba abierta, bebiendo una taza de café negro. Se saludaron ellos dos y se pusieron a conversar.

Yo estaba en la parte posterior de la casa, en la cocina, preparando una infusión de café para mí. Uma, la gata color calicó, tomaba el sol en una esquina privilegiada del largo corredor que atravesaba toda la casa.

Cuando el café subió, anunciado por el gorjeo de la cafetera de estilo italiano, lo serví en mi taza habitual; salí de la cocina y me senté en la mesa donde acostumbramos tomar las comidas.

Saludé desde lejos y en voz alta a Julio César, sin salir de la casa.

Minutos después, me percaté de que Julio César había apagado el motor de su motocicleta.

Eso me permitió notar cuando decía, en tono justificativo:

– Es que el matrimonio es sagrado.

– Eso también depende –le contestó L.

L. volteó la cabeza y, al fijarse en que yo estaba poniendo atención, arqueó mucho las cejas y volvió el rostro hacia Julio César.

– ¿Cómo así que depende? –Pregunta Julio César.

– Sí, hombre –afirmó L. asintiendo también con la cabeza.

– Nosotros -prosiguió ella- como especie animal no somos un diseño natural hecho para la monogamia. Veá. Un caballo es un diseño de mascar pasto, un perro y un gato un diseño de olisquear, un campero Suzuki un diseño de tragar gasolina. Es decir, por naturaleza no podemos tener una sola y única pareja. Que nos lo propongamos y exista gente que lo saca adelante por medio de un artificio funcional como el matrimonio, o cualquier cosa que se le parezca, es otro asunto. Pero los impulsos que usted dice que siente hacia otras mujeres, son lo natural. No lo es su matrimonio, que resulta de un ritual pautado por la sociedad.

– ¿Cómo así? –cuestionó Julio César. –¿Eso quiere decir que los seres humanos estamos obligados a ser infieles?

L. remató diciendo:

– No sé si a ser infieles, Julio. Pero a lidiar con impulsos como los que usted dice que siente, seguro que sí.

– ¿Y usted cómo maneja eso con su pareja? –Objetó Julio César.

– Bueno, nosotros estamos enterados de esto que le digo. Y la manera de manejarlo, es a través del compromiso simple: se supone que vamos a contarnos mutuamente si los impulsos que sentimos se llevan o no se llevan a la práctica

– ¡Ja! ¡Cómo le convendría a mi esposa pegarse una charladita con usted, L.!

Me acerqué a la puerta y vi a un Julio César sonriente y con los brazos abiertos, con el gesto de quien ha redescubierto una certeza que poseía, pero que hasta entonces no lograba recordar. Mientras se despedía de nosotros, Julio César encendió la motocicleta de la que no descendió nunca y se fue.

Cuando lo perdimos de vista, L. impulsó con fuerza y hacia delante la taza que llevaba en la mano, sin soltarla, para expulsar los restos de café negro en su interior. Entró caminando, dubitativa, hacia el interior de la casa.

Yo la seguí.

Me dijo que seguramente era complicado plantearse los límites exactos que existen entre las dimensiones natural y cultural de la vida, naturalizando la cultura y culturalizando la naturaleza, una y otra vez, permanentemente.

Que “no más” con la charla que acababa de tener con Julio César, se imaginaba que ese proceso era como algo brumoso, vagabundo; como un tango sonámbulo.

Yo conocía la impresión y la gratitud de L. para con la obra de Charles Darwin, cuya disertación sobre las emociones en los animales y en el hombre, reposa siempre sobre la mesa de estudiar.

A través del ventanal de la casa, el paisaje de la periferia rural de Manizales danzaba interferido por una tenue llovizna diagonal.

Durante el tramo de no más de cinco pasos que recorrimos juntos hacia el interior de la casa, L. me anuncia asertivamente que está viendo muy claras las limitaciones de circunscribir el estudio de las emociones al estudio de su expresión conductual, lo cual era el tema general de su tesis de psicología.

Me dijo que por una vez se le antoja evidente que es ingenuo pensar en un vínculo directo entre esos dos niveles de análisis: el procesamiento interno de una emoción y su consecuente expresión corporal a través del gesto.

– Habrá que cambiar de marco teórico –me dice, mirándome directo a los ojos.

Se me ocurrió en ese momento que tal vez el libro de Charles Darwin, sobre la mesa, se entristece sin que L. llegue a notarlo. Uma, la gata traída desde la Argentina, lame frenéticamente el respaldo de su propio cuerpo.

La tarde de ese día calló. Y cayó. Poco después.

A la semana siguiente L. llegó contándome que Gabriela, la esposa de Julio, nos había convidado a su casa a tomar el café por la tarde.

Sin pensarlo demasiado, decidimos ir.

Sabíamos que en casa de Gabriela y Julio estaba también el padre de Gabriela, un tipo duro, tan recio con su hija como dócil con sus patrones, según nos fuimos enterando.

Contaban que Gabriela Afanador fue la mejor estudiante de su promoción en el bachillerato.

Y que su padre, hombre del campo, trabajador (cabe decirlo), de manos muy amplias, no perdía ocasión de expresar, delante de la familia, los amigos y los vecinos, el orgullo que para él representaban los logros escolares de su hija.

El padre de Gabriela veía tales logros como una evidencia muy clara del ascenso de su hija en una escala imaginaria. Comprendía muy bien esa escala y su funcionamiento, aunque no parecía muy consciente de la

manera como la hacía realidad cuando equiparaba la preparación escolar de nivel secundario con una mejor posición social.

Digo que la comprendía bien y sabía cómo funcionaba, porque esa escala era garante de que la pareja de arquitectos que viven en los predios de más arriba –a quienes el padre de Gabriela se refería como los “doctores”–, tuviesen la potestad para refutar siempre sus opiniones de trabajador.

Cuentan también y a propósito de esto que hacía unos dos meses, en el predio de los arquitectos, el padre de Gabriela trabajaba en el levantamiento de una cerca que está ahí para dividir los dos terrenos.

La cuerda que el hombre usaba como línea para ir cavando los hoyos en los que situaría después los postes que soportarían el alambre de púas de la cerca, fue movida de repente por la acción del viento.

Cuando uno de los dos arquitectos se dio cuenta de ello, el padre de Gabriela no tuvo más remedio que callar ante el grito del que para él era un importante doctor:

– ¡Se comió 30 centímetros, ANIMAL!

Volviendo a la tarde de ese día, mientras Gabriela servía el café, supimos que el día que ella terminó con honores sus estudios secundarios, le tomaron un retrato de primer plano a su rostro sonriente y fresco de 17 años.

La fotografía original, de 30x24 revelada en Foto Japón, se encuentra colgada al lado derecho de la cama del padre de Gabriela.

Una copia de la foto está colgada en la sala de la casa de Gabriela –la veo de frente mientras bebo sorbos chiquitos de mi café–, esa casa en la que ella vive ahora, después de haberse casado, hace ya ocho años, con Julio César.

Julio César, por su parte, es aficionado a los equinos, como el emperador.

Además, es el administrador de una de las propiedades rurales de un canal de televisión en donde tienen instalada una antena de repetición, en uno de los puntos más altos de toda la vereda Buenavista.

Gabriela y Julio se casaron justo después de que ella terminara el bachillerato.

Un año después de la celebración de su promoción como bachiller técnico, las fotos de Gabriela dejaron de ser de ella sola y ahora salía en ellas acompañada de su pequeña hija.

Julio César y Gabriela tuvieron dos hijas.

La segunda de ellas, según Gabriela comentaba con una timidez característica en ocasiones sociales como la de esa tarde, hace parte del intento de dar un nuevo aire a su relación con Julio César.

Los ojos claros de Gabriela se quedan fijos por rato en un punto indeterminado del espacio y cuando vuelve a sentirse dueña de su mirada, suele hablar sobre el enorme valor de tener alguien más de quien ocuparse, alguien más por quien trabajar. Estos comentarios por lo general hacen referencia a la relación que tiene con sus dos hijas.

La relación de Gabriela con Julio, opina ella, está determinada por la presencia de las hijas y son ellas dos las que mejor pueden mantener cerca de su padre.

Julio César es un hombre joven y también guapo, según las mujeres y algunos hombres de la zona. Estas cualidades, por lo que se sabe, intrigan a Gabriela desde siempre. Ella dice a veces que no comprende del todo la causa por la cual Julio César es tan dedicado a la vida familiar y, en su tiempo de ocio, no hace lo que haría cualquier caballero con su edad y su estampa, como canta Caetano.

Esa intriga tal vez explica el amor que siente ella por él. La hace sentir alguien especial.

Sin embargo, esto mismo no explica la razón de que Julio César la ame a ella.

Dicha intriga, fuente original del hecho de vivir juntos, es para Gabriela, de un tiempo para acá, también la fuente de una desconfianza creciente y subrepticia que ya está dejando oír el rumor de sus aguas...

A lo lejos, se oyó el motor de una motocicleta.

Era Julio César.

Gabriela se alisó el pelo de arriba de las orejas con ambas manos y levantó del suelo a la hija más pequeña.

Se levantó a la cocina para bajar el fuego de las ollas que estaban hirviendo sobre el fogón y regresó a la sala rápidamente.

Julio César abrió la puerta y, como es costumbre, zapateó un par de veces antes de entrar, para despegar de sus botas el lodo y la boñiga de vaca y caballo.

– Hola mis amores –les dijo Julio César, refiriéndose a Gabriela y la niña que está sentada en su regazo.

– ¿Qué más muchachos? –Dijo después, refiriéndose a nosotros.

– Qué hubo Julio– responde Gabriela, con algo de sorna.

Julio hizo una mueca con la boca y miró hacia arriba con los dos ojos, pero sin mover la cabeza.

– Pero mi amor, ¿qué es esa forma de recibirme...?

L. y yo soltamos las tacitas y con la mayor cordialidad posible, invadidos por un repentino sentido de la prudencia, nos despedimos de todo el grupo, argumentando que... argumentando cualquier cosa.

Nos percatamos de que el padre de Gabriela salió de la casa poco después de que lo hicimos nosotros. Lo vimos subir la cuesta a paso calmado y dirigirse hacia el predio vecino.

[Mi reconstrucción de los hechos ocurridos después de que L. y yo nos despedimos, no es más que una conjetura, aunque se inspira en las transformaciones actitudinales que Gabriela y Julio César demostraron en el futuro hacia L. y hacia mí. Me convierte en “culpable de literatura, de fabricaciones irreales” (Cortázar, 1959, p. 29)]

– Usted ya sabe qué me pasa Julio –espetó Gabriela.

– Otra vez lo vieron en esa casa, hablando otra vez con la joven esa, la nueva vecina, la tal L., esa que estaba aquí hace un momentico.

– Pero si ellos son buena gente– responde Julio, prolongando la primera “e” de la palabra “gente”, al tiempo que se agacha un poco y extiende los brazos hacia la pequeña.

– Pero a usted nunca se le ve hablando con el muchacho –replicó Gabriela. –Mire que, si no es porque yo los invito hoy, ni lo conocería a él.

La pequeña rehúye los brazos de Julio César y da un giro en dirección hacia su madre.

– Si ve Julio, hasta la niña sabe –concluye Gabriela.

– Mire Gabriela... Primero que todo el matrimonio no es una cosa natural y las personas no podemos tener una sola pareja sexual –afirmó Julio asertivamente.

– ¡Ay Virgen del Carmen, Julio!, Dios lo perdone. Usted cada vez está peor.

Gabriela decide alejarse, levantándose y dando pasos hacia atrás, hasta que, con el talón derecho se encuentra con el pie de la mesa del comedor.

– ¡Déjeme yo le explico Gabriela! –exclama Julio, intentando acercarse.

Pero Gabriela lo evade y, con la niña entre los brazos, se va corriendo hacia el cuarto principal, cerrando la puerta tras de sí.

Los sollozos de Gabriela se escuchan detrás de la puerta: la barba de Charles Darwin, pesa como el iridio sobre los hombros del hombre convencional.

La retirada

Este trabajo buscó primero ocuparse de la locución “ser pinchado”, de uso extendido en la zona geográfica Centro Occidente. Durante el trayecto de su indagación, no obstante, otras alocuciones potencialmente relacionadas emergieron; tal es el caso de la *baquía* y la *zalamería*. Esta emergencia supuso una ampliación del objeto de observación y re-dirigió el foco hacia las relaciones mutuas entre los términos. La propuesta es abordarlas como conceptos

autóctonos y por lo tanto bien localizados. Conceptos, en definitiva, hacedores de territorio.

Se parte del presupuesto de que por medio de su enunciación, se refieren diferencias temporales y diferencias espaciales entre los hablantes, que dan cuenta del posicionamiento subjetivo en espacios y tiempos socialmente pautados entre ellos en el marco de una interacción⁵ concreta. Las enunciaciones de los términos están necesariamente embebidas en una estructura narrativa. Es decir, hacen parte de la forma específica y concreta en la que una serie de eventos es presentada o expuesta por parte de un narrador(a) a un oyente o lector(a). Es importante señalar que, metodológicamente, una narrativa puede analizarse según su forma, enfocando aspectos como el tiempo de la narración, las caracterizaciones utilizadas por el narrador(a) por medio de analogías o metonimias y la focalización de la narración, i. e, las tipologías incluidas y las propiedades asignadas (Herman y Vervaeck, 2005). A partir de la organización en el nivel formal es posible inferir secuencias estructuradas o *historias*. En estas historias se involucra el valor que tiene tal o cual término en la producción de un enunciado. Este valor permite acceso a las significaciones, pero también es un concepto que implica un código estable que permite organizar un sistema de acciones. Por lo tanto, el valor aplicado al uso de los términos en cuestión en este ensayo (ser pinchado, zalamería y baquía) se define como un constructo lógico que se expresa en la selección entre modos, medios y fines disponibles para la composición de un enunciado y la acción. Las acciones revelan, de este modo, un orden intrínseco de relevancia.

A partir de la diferencia percibida se sugiere que “ser pinchado” para los demás o decirle a alguien que lo es en un contexto de habla cotidiano, instaura límites y posiciones de sentido entre el sí mismo de quien produce el enunciado y su audiencia, a saber, el/los otro/otros⁶.

La diversidad de contextos comunicativos en los que la expresión ser pinchado se emplea, es difícil de caracterizar de manera definitiva y no obedece necesariamente a un esquema que se pueda definir previamente sobre el papel en blanco. Sin embargo, es preciso un esfuerzo de síntesis

⁵ En realidad, se trata más bien de un devenir conjunto: “Los seres humanos” —escriben Ingold y Palsson (2013)— “no son para nada seres sino “devenires” (*becomings*)”.

⁶ Esta aclaración puede estimarse redundante a primera vista. Pero no lo es si tomamos en cuenta que en esta región es muy común el uso de la exclamación: “¡Oigan a este!” en las interacciones habladas entre dos personas. Se utiliza cuando alguna de las partes dice algo que la otra juzga desproporcionado de algún modo. Nótese que la expresión se formula usando el plural aun cuando únicamente estén hablando dos personas entre sí. Esto sugiere que su objetivo consiste en someter a determinado interlocutor a una especie de escarnio público ante una audiencia imaginaria.

para referir los lineamientos entre los cuales la expresión en cuestión se utiliza.

Ser pinchado puede ser:

- » Un modo de respuesta a una conducta asumida como distinta, ante un suceso que exige de alguien una respuesta rutinizada.
- » Una forma de definición del sujeto, de carácter individualizante. En el momento en que en el transcurso de un acto comunicativo un sujeto queda revestido con la expresión, los demás simultáneamente quedan situados a una distancia mayor que antes de que la expresión operara. Se trata, por lo tanto, de una expresión con fuerza performativa (Searle, 1989).
- » Una forma de re-posicionamiento del sujeto en el espacio social. Se trata por lo tanto de una expresión con efectos deícticos (Hanks *et al.*, 2005).

Veamos. Literalmente, “ser pinchado” es equiparable a la reacción estandarizada que se sigue a sentir un pinchazo en el cuerpo: dar un brinquito hacia arriba, como cuando uno se va a sentar sobre alguna superficie y “se pincha”. En calidad de verbo, *pinchar* tiene una connotación procesual, implicando una o varias sucesiones de acontecimientos, y por lo tanto también, implicando transiciones. Dado que la interacción con otras personas se realiza de manera predominante con el eje de la columna vertebral en posición vertical (bien sea sentados o de pie), sentir un pinchazo implica una elevación vertical, aunque sea mínima, con respecto a la superficie de apoyo. “Ser pinchado” como “estar más arriba”, es una transducción del verbo a la esfera de la conducta que se sugiere como motivo de análisis.

Con sus respectivas posturas y conductas asociadas, el uso de la expresión “ser pinchado” establece diferencias temporo-espaciales entre quienes interactúan dentro de un intercambio comunicativo mínimo. Para afirmar que estas diferencias son producidas metafóricamente, acogemos el postulado de Nelson Goodman (1984) según el cual un enunciado puede ser al mismo tiempo literalmente falso y metafóricamente verdadero. El campo de descripción se acota al uso regular de la expresión “ser pinchado” y los reportes locales de su significación en el contexto rururbano de la vereda Buenavista, en las inmediaciones del ámbito rural del municipio de Manizales (Colombia).

Analíticamente, el uso de la expresión se vincula con la tensión existente entre las nociones espaciales (y temporales) de lo rural y lo urbano, al nivel de las prácticas cotidianas, las dinámicas territoriales y las formas culturalmente construidas de aprehensión. La urbanidad y la ruralidad como condiciones existenciales más que geográficas, trascienden los afectos vinculantes de sus pobladores y suponen la puesta en marcha de un esquema de diferenciación que adjudica a lo urbano una especie de corporeización de la modernidad y a lo rural una especie de salvaguarda de la tradición⁷.

Algunas nociones teóricas contribuyen a la delimitación definitiva del objeto de este trabajo. La primera es la noción de cotidianidad, entendida socio-antropológicamente como una esfera existencial dentro de la cual los acontecimientos devienen rutinarios y, como consecuencia plausible de su rutinización, adquieren ritmos particulares que se aprenden y se transmiten culturalmente (Lefebvre, 1973). La ritmización de los acontecimientos opera sobre los niveles psicológico y cultural y se relaciona con el sentido de las reciprocidades en las zonas medias de la comunicación, cuya riqueza radica exactamente en su trivialidad. La ritmización en su juego con la reiteración permite una alternancia de los lugares con los tiempos; sin necesidad de apelar a una sincronía estable o perfecta es posible hallar una familiaridad insinuada con los cronotopos, entendidos como una coordenada signada por la convergencia no necesariamente armónica del espacio y el tiempo.

Los momentos de la vida social son discontinuos en virtud de que *entre* ellos se perciben diferencias cualitativas. El significado de esos momentos puede entenderse como un movimiento singular que fluye entre los distintos momentos y en esa medida los conecta, con intensidades variables. Así, si la vida social es significada, el significado se marca por medio de la intensidad en su fluir por determinados momentos. La operación de las expresiones léxicas antes esbozadas contribuyen a imbuir de significado el territorio que producen fenoménicamente; pero también lo producen ecológicamente por medio de las relaciones

⁷ Mientras Julio César cambiaba la herradura de uno de sus caballos cerca de nuestra casa, nos compartió un día el recuerdo agri dulce que conservaba sobre su paso por la escuela en Manizales. Según él, durante todo ese tiempo, sus compañeros de clase se referían a él como "el campesino". Su familia vivía del oficio de la agricultura y la ganadería a pequeña escala en Buenavista, así como del cuidado de los predios de una torre de repetición perteneciente a una cadena radial. La conversación tuvo lugar a raíz de que Julio César comentaba que no quería para sus hijas lo que él había vivido en la escuela. Para liberarlas del yugo basado en la imprecisión del estereotipado concepto de campesinado que sus compañeros le endilgaban, Julio César y Gabriela habían tomado la determinación radical de que sus dos hijas se educarían en la ciudad, desde el principio hasta el final del proceso total de escolarización. Por esta razón no hacían uso de la mínima oferta educativa de la escuela de Buenavista.

operativas de las que esas expresiones léxicas están impregnadas (Brighenti y Kärholm, 2018).

La reiteración en el contexto de distintos intercambios comunicativos y dirigida hacia personas diferenciadas, consolidan el uso de una expresión lingüística enunciativa en una suerte de práctica: “La práctica se desarrolla en el tiempo y tiene todas las características correlativas, como la irreversibilidad, que destruye la sincronización; su estructura temporal, es decir su ritmo, su tempo y sobre todo su orientación, es constitutiva de su sentido [...]” (Bourdieu, 2008, p. 130).

Por otra parte, la vinculación de la dimensión de la práctica con la recurrencia o repetición coordinada (Weber, 1994), ritmizada dentro del marco de lo cotidiano, sugiere que la práctica es una ocasión privilegiada para la expresión de las señales que determinan y dirigen la conducta, así como para captarlas etnográficamente, tratadas su circularidad (rutina) y la posibilidad de su propia saturación. En este sentido, se sigue aquí la teorización sobre la práctica según la cual esta se encuentra siempre mediada por el uso de signos compartidos, sin los cuales la expresión no tendría lugar ni para quien la ejerce ni para quien está eventualmente dirigida (Wertsch, 1998).

Afirmar que la práctica no puede existir al margen del contexto en el que se realiza y que a su vez es realizado por ella, implica una concepción análoga del contexto al proceso de catálisis de las reacciones químicas. Esta designación del contexto como catalizador (Valsiner, 2012) busca, al mismo tiempo, vincular sin reducir el funcionamiento psíquico y el ámbito sociocultural, desde el postulado de que ninguno de los dos tiene un estatus de realidad verdaderamente independiente (Wertsch, 1998; Sperber, 1995; Cosmides y Tooby, 1997; Valsiner, 2012). La observación del uso de una expresión lingüística particular y su efecto dentro del contexto de su enunciación es a su vez una contribución, aunque modesta, al desarrollo de las modalidades de mapeo de lo concreto sobre lo abstracto, tan fértiles en otros tiempos de la antropología (Reynoso, 1998). O la aceptación de que -tal y como fue expresado hace ya unas décadas por el urbanista y arquitecto cognitivo Kevin Lynch- “El entorno, como las instituciones y los ritos, ayudan a transformar acciones evanescentes en reiteraciones predecibles” (Lynch, 1975, p. 252).

Los resultados esperables de las situaciones descritas hasta aquí, comienzan por la pesquisa de evidencia etnográfica sugerente respecto del contexto, el uso y la significación que tienen lugar alrededor de la expresión “ser pinchado”; contribuir a la determinación de si esta constituye

una forma cultural, dentro de un repertorio más amplio, o a resolver intersubjetivamente las tensiones inherentes a la dinámica rururbana; y defender que esta resolución implica la atribución de ser portadores de modernidad a quienes pertenecen a las ciudades, estableciendo así distancias y diferencias con respecto a tiempos y espacios sociales.

Nota circunstancial

La vereda Buenavista se encuentra localizada dentro del área de influencia del municipio de Manizales y a la vez está vinculada en otros niveles diferentes al de la distancia geométrica. La distancia a la que Buenavista se encuentra de Manizales es realmente corta; un recorrido de aproximadamente tres kilómetros es utilizado por los residentes de la vereda y por pobladores urbanos para realizar excursiones a pie o en bicicleta. Con base en una opinión extendida entre los pobladores de la vereda, hace aproximadamente una década se han emprendido, cada vez con mayor recurrencia, construcciones de casas de inspiración campestre con estilos arquitectónicos diferenciados de la vernácula construcción cafetera. En ellas habitan casi que exclusivamente sujetos que desempeñan sus actividades sociales-productivas en el ámbito urbano de Manizales, es decir, *abajo*, en la ciudad.

En este sentido, debido a la intersección entre dos niveles específicos (el estilo arquitectónico y el estilo de vida en relación con las actividades productivas) adquiere valor analítico el presupuesto de que en Buenavista se observa un caso de interacción rururbana. Algunos estudios (Nates-Cruz, 2018) han definido la rururbanidad por lineamientos de amplia escala, tales como la estructura social o los sistemas culturales. Pero, las expresiones mínimas de esta clase de interrelación, no han sido enfocadas con mucha frecuencia.

Temprano en la mañana. Yo caminaba descendiendo de Buenavista, por la carretera sinuosa que conservaba rastros de lluvia, concentrados en pequeños charcos que simulaban espejos de agua. Detrás de mí se acercaba el ruido de un motor; al pasar junto a mí, Horacio bajó la velocidad, se subió el casco hasta la frente y me dijo “¿va p’abajo?”. Respondí que sí a lo que él replicó que, si yo quería, me acercaba. Respondí que no, que lo haría caminando, porque la mañana estaba linda y prefería caminar. “Bueno, pero usted va muy pinchao, se va a ensuciar los zapatos”.

“Ser pinchado” no tiene que ver con las posesiones materiales; sin embargo, expone un juego de relaciones y de fuerzas. Funciona como categoría social y en ese sentido, marco de conocimiento que permite la

organización de los contenidos de la experiencia. A su vez concreta una estrategia local de territorialización en un contexto de transformación de las actividades productivas. La agricultura no es la forma predominante de producción en Buenavista, aunque existe como marcador mnémico de un pasado reciente económico y del trabajo; por lo tanto, también de las conductas. La ganadería intensiva y el subempleo definen el panorama laboral local de Buenavista en el presente. Esta situación se inscribe dentro de las cuestiones alusivas al fenómeno “de-lo-local-global” según el cual la realidad espacial inmediata de una población expone su habilidad para estructurarla y se despliega hacia las complejidades ramificadas de sistemas de gran escala (Hillier, 2007). Pero también al del fenómeno “de-lo-global-a-lo-local” haciendo referencia con ello al fenómeno social caracterizado por el emplazamiento de una estructura global desde arriba y hacia adentro de la cotidianidad vivida por una población localizada (Hillier y Hanson, 1984). La dinámica entre lo local (la co-presencia de lugareños y ex urbanitas) y lo global (la intensificación de actividades como la oferta de servicios y el consumo) expresa, en otros términos, la globalización situada en las prácticas cotidianas concretas.

La configuración mutua de los sujetos a través del uso de las expresiones clasificatorias en contexto, satisface el despliegue de las relaciones sociales en condiciones fabricadas culturalmente, a partir de las cuales emergen formas de sentido y coherencia. Ser pinchado es una expresión léxica que puede pensarse como un artefacto de mediación entre la actitud valorada socialmente de modo negativo de *zalamería* (un exceso de remilgos y delicadezas) y la posesión, valorada socialmente de manera positiva, de *baquía* (una técnica robusta del cuerpo). Este sencillo, pero antes inadvertido esquema, reviste la experiencia de campo en Buenavista con una panoplia de representaciones lógicamente organizativas. Expresar *zalamería* conduce *probablemente* a ser pinchado; ser pinchado conduce *inexorablemente* a no tener *baquía*. Y la posesión suficiente del conocimiento práctico que supone la *baquía*, necesariamente implica ausencia de *zalamería* o de ser pinchado. En este orden de ideas, la locución “ser pinchado” organiza un pequeño dominio que influye en el orden apreciativo de la vida social en Buenavista, puesto que determina con un nivel de exactitud colectivamente legitimado algunas cualidades presentes en la subjetividad de los vecinos(as). La identificación de la presencia o ausencia de determinadas cualidades funciona como un mapeo aproximado a partir del cual regular la interacción cotidiana y, de cierta manera, reafirmar un juego de posiciones en el territorio que permite establecer con mayor claridad lo endógeno y lo exógeno, el adentro y el afuera, que define, a partir de la performatividad

del lenguaje y la función de los deícticos, los grados de pertenencia, similitud o proximidad.

A manera de reflexión final se puede decir qué modos de organización de la vida social cotidiana, mediados por la composición de enunciados con valor diferencial que fundamentan determinado juego de posiciones, ponen de manifiesto que lo urbano desborda su sector central. Este desborde establece alguna relación rastreable con conjuntos más o menos estables de representaciones que, a la postre, definen los contornos de la interacción social y los marcos culturales que le otorgan un sentido. Esas representaciones estables sobre el otro, lo otro y sus atributos, son en sí lo que se distribuye y a partir de lo que se consolidan modos de diferenciación que operan como marcadores de umbrales imaginarios. Cabe mencionar el componente de culpabilidad inserto en la pregunta (*¿Cuánto paga de arriendo (y perdone)?*); pedir perdón manifiesta una intención justificativa, de la pregunta, este caso; trasciende la intuición de que el otro puede interpretar la pregunta como una intromisión. A la vez el perdón es un acto de voluntad motivado por un sentimiento súbito que cumple la función de purificar la memoria o suprimir la sensación de deuda en la interacción (Lefranc y Pons, 2005).

Los límites de la prudencia se elaboran colectivamente, en relación con la disposición moral de sopesar los intereses del otro, en comparación con los intereses propios, así como la relación de divergencia o convergencia entre los intereses, una vez puestos en contraste.

Referencias

- Bourdieu, P. (2008). *El sentido práctico*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Brighenti, A.M. y Kährholm, M. (2018). Beyond rhythmanalysis: towards a territoriality of rhythms and melodies in everyday spatial activities. *City, Territory and Architecture*, 5(1), 4.
- Cabrera, P. (2010). Volver a los caminos andados. *Revista Nuevas Tendencias en Antropología*, (1), 54-88.
- Cortázar, J. (1959). Las babas del diablo. *Las armas secretas*, 123-139.
- Cosmides, L. y Tooby, J. (1997). *Evolutionary psychology: A primer*.
- Goodman, N. (1984). *Of mind and other matters*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Hanks, W., Enfield, N.J., Haviland, J., Ide, S., Kumashiro, M., Rumsey, A., ... y Hanks, W. (2005). Explorations in the deictic field. *Current Anthropology*, 46(2), 191-220.
- Herman, L. y Vervaeck, B. (2005). *Handbook of narrative analysis*. Nebraska: University of Nebraska Press.
- Hillier, B. (2007). *Space is the machine: a configurational theory of architecture*. Space Syntax.

- Hillier, B. y Hanson, J. (1984). *The Social Logic of Space*. Cambridge University Press.
- Ingold, T. (2014). That's enough about ethnography!. *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 4(1), 383-395.
- Ingold, T. y Palsson, G. (eds.) (2013). *Biosocial becomings: integrating social and biological anthropology*. Cambridge University Press.
- Lefranc, S. y Pons, H. (2005). *Políticas del perdón*. Bogotá: Editorial Norma.
- Lefebvre, H. (1978). Introducción a la psicología de la vida cotidiana. En *De lo rural a lo urbano*. Buenos Aires: Lotus Mare.
- Lynch, K. (1975). *¿De qué tiempo es este lugar? Para una nueva definición del ambiente*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Mauss, M. (1971 [1934]). Las técnicas del cuerpo. En *Sociología y Antropología*. Traducción de Teresa Rubio de Martín-Retortillo. Madrid: Ed. Tecnos.
- Reynoso, C. (2008). Hacia la complejidad por la vía de las redes: nuevas lecciones epistemológicas. *Desacatos*, (28), 17-40.
- Searle, J.R. (1989). How performatives work. *Linguistics and philosophy*, 12(5), 535-558.
- Sperber, D. (1995). How do we communicate. *How things are: A science toolkit for the mind*, 191-199.
- Valsiner, J.E. (2012). *The Oxford handbook of culture and psychology*. Inglaterra: Oxford University Press.
- Weber, M. (1994). Psicofísica del trabajo industrial. En *Sociología del trabajo industrial*. Madrid: Editorial Trotta.
- Wertsch, J.V. (1998). *Mind as action*. Inglaterra: Oxford University Press.